

# Cultura cristiana en América Latina

según el Documento de Santo Domingo

Javier García

## Introducción

### 1. Evangelio y cultura, eje de la IV conferencia

Desde que en el año 1983 Juan Pablo II lanzó, en Puerto Príncipe, Haití, la consigna de la nueva evangelización y posteriormente inauguró en Santo Domingo la novena de años preparatoria para la celebración del V centenario de la llegada del Evangelio a América, se empezó a columbrar que el eje maestro de la IV conferencia de Santo Domingo sería «Evangelio y cultura», como dos polos de una misma urgencia histórica: la evangelización de la cultura en América Latina. Evangelización que si había de ser integral, tendría que incluir la promoción humana, como ya lo había dejado en claro Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*<sup>1</sup>, y lo había recogido el documento de Puebla<sup>2</sup>.

A partir del evento de Pentecostés la fe cristiana ha estado en diálogo con diversos pueblos y culturas; en la Ascensión la comunidad eclesial recibe del Señor el mandato misionero: «Id, pues, y evangelizad a todos los pueblos»<sup>3</sup>. Y como no hay pueblo sin cultura, mejor, como el alma de cada pueblo se expresa en su cultura y en ella plasma su «forma espiritual», podríamos glosar así el mandato de Cristo: «Id, pues, y

---

<sup>1</sup>Evangelii nuntiandi, nn. 31-33

<sup>2</sup>Documento de Puebla, n. 355

<sup>3</sup>Mt 28,19.

evangelizada la cultura de cada pueblo como medio para llegar al hombre y como campo en el que el hombre actúa y se expresa». El destinatario directo es siempre la persona humana, cada hombre y mujer, pero el instrumento privilegiado para llegar a ellos es hoy la cultura.

## 2. ¿Quién teme a la cultura cristiana?

Para empezar digamos que no ha sido pacífica la aceptación del tema de la cultura cristiana como uno de los objetivos pastorales prioritarios para América Latina. Entre los herederos de cierta corriente de la teología de la liberación había el temor de que la opción pastoral por la cultura significara una traición a la opción preferencial por los pobres; con mirada miope, se presentaba la opción por la cultura como opción de clase burguesa y, por lo mismo, en ruptura con Medellín y Puebla<sup>4</sup>. Una vez más, en dichos autores se advierte la estrechez de miras. El pueblo de América Latina no sólo ha sufrido un expolio material, sino también, y sobre todo, cultural, pues está perdiendo su propia fisonomía histórica.

El gran clamor de las etnias y grupos indígenas, afroamericanos y mestizos es hoy el respeto a su propia cultura, como una extensión del respeto a su propia dignidad de personas. Los pueblos de América Latina tienen hambre no sólo de pan, sino también de cultura, es decir, de que se les reconozca el derecho a expresar sus valores, tradiciones, creencias y modos de vida propios. Decía el representante de los indígenas ante Juan Pablo II, el pasado mes de agosto, en Izamal, Yucatán:

*«Hoy son muchos los hermanos que se avergüenzan de ser indígenas, que se avergüenzan de hablar nuestras lenguas, de usar nuestras ropas, de vivir en nuestros pequeños pueblos, de creer en lo que nos enseñaron nuestros padres. Yo no los juzgo, porque siempre nos han menospreciado los que no son como nosotros, se aprovechan de los que no saben hablar en*

---

<sup>4</sup>Ver, por ejemplo, Clodovis Boff, en *Analisi della proposta centrale del documento preparatorio a Santo Domingo. DOVE ANDRA' LA CHIESA DELL'AMERICA LATINA?*, en SIAL, 2 (15 febbraio 1991), 25 - 29. Aunque su crítica se dirija directamente al documento preparatorio, de sus reflexiones se deduce una crítica al tema mismo de la cultura que relegaría y casi marginaría la opción por los pobres que la Iglesia de América Latina ha hecho suya desde Medellín.

*español, se burlan de nuestras tradiciones y creen que valemos menos. Es por eso que muchos hermanos cambian su ropa, olvidan su lengua y reniegan de su fe. Es que ahora no se respeta lo antiguo: todo lo que es de antes quieren cambiarlo porque piensan que ya no sirve. Es por eso que muchos de nosotros se sienten como perdidos: no, no entiendo por qué todos debemos pensar igual, vestir igual, hablar igual y hacer lo mismo»<sup>5</sup>.*

Por eso, en su reciente viaje a Yucatán, Juan Pablo II respondía a los indígenas del Continente americano, reunidos en Izamal:

*«Con este viaje apostólico quiero, ante todo, celebrar vuestra fe, apoyar vuestra promoción humana, afirmar vuestra identidad cultural y cristiana. Mi presencia en medio de vosotros quiere ser también apoyo decidido a vuestro derecho a un espacio cultural, vital y social, como individuos y como grupos étnicos.*

*Lleváis en vosotros, hermanos y hermanas indígenas de América, una rica herencia de sabiduría humana y, al mismo tiempo, sois depositarios de las expectativas de vuestros pueblos de cara al futuro. La Iglesia, por su parte, afirma abiertamente el derecho de todo cristiano a su propio patrimonio cultural, como algo inherente a su dignidad de hombre y de hijo de Dios. En sus genuinos valores de verdad, de bien y de belleza, ese patrimonio debe ser reconocido y respetado»<sup>6</sup>.*

Y en Kingston, Jamaica, había dicho dos días antes:

*«Ahora, aquí en Jamaica, deseo recordar al pueblo originario arawak y a vuestros antepasados, que fueron traídos aquí desde Africa. Oremos para que finalmente se curen las heridas de las experiencias pasadas y todos, en el pleno respeto de la dignidad de cada persona, trabajen por un futuro en el que la justicia, la paz y la solidaridad no permitan la existencia del odio o la discriminación»<sup>7</sup>.*

---

<sup>5</sup>Saludo de un indígena maya, en representación de todos los pueblos indígenas del continente, 11-VII-93, en *L'Oss.Rom.esp.* (20-VIII-93)5.

<sup>6</sup>JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de los indígenas, en Izamal*, 11 de agosto de 1993, 5, en *L'Oss.Rom.esp.* (20-VIII-93) 4.

<sup>7</sup>JUAN PABLO II, *Discurso durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Kingston*, 9 de agosto de 1993, 2, en *L'Oss.Rom.esp.* (13-VIII-93) 3.

## I. Concepto de cultura

No entramos en el interesante y complejo debate sobre el concepto de cultura por razón de brevedad. Sólo tomamos del mismo los elementos indispensables para definir en qué sentido hablamos de cultura.

### 1. Definición etimológica

La raíz etimológica del término *cultura* viene del verbo latino *colere*, cultivar, y significa cultivo, acción de cultivar; por ejemplo *cultura agri*; metafóricamente, *cultura animi*. Así escribe Cicerón: «*cultura animi philosophia est*»<sup>8</sup>. Y en la tarda latinidad se emplea *cultura Dei*, como cultivo o culto a Dios<sup>9</sup>. Del mismo verbo deriva el término *cultus*, cultivo, cuidado del campo, de las ovejas, del cuerpo; metafóricamente equivale a ejercicio, educación, cultura, vgr. *cultus animi, litterarum, deorum*.

En Grecia se usó el término *paideia* como «educación»: el *logos* es lo común a la esencia del espíritu, como las leyes lo son para la *polis*. La *paideia* consiste en conocer y aplicar los principios naturales que rigen la vida humana y las leyes que rigen la vida civil, para formar verdaderos hombres y verdaderos ciudadanos. Como el alfarero modela la arcilla, así la *paideia* al hombre.

En Roma se empleó el término *humanitas* como educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser<sup>10</sup>.

La evolución semántica ha pasado de una noción de cultura como sinónimo de contenido del saber, vgr. humanístico, filosófico, literario, a una noción antropológica englobante, considerando a la persona en su relación a una comunidad o grupo humano. Así se habla de política cultural de un país, de la identidad cultural del hombre latinoamericano.

Por otro lado, a la definición clásica de cultura, como educación de aquellos valores que expresan la naturaleza humana y que humanizan al

---

<sup>8</sup> *Tusc.* 2, 5, 13.

<sup>9</sup> Así Tert., *Apol.* 21.

<sup>10</sup> AULIUS GELLIUS, *Noctes Atticae*, XIII, 17.

hombre y lo hacen capaz de una convivencia responsable en la *polis*, hoy se prefiere la definición moderna y funcional, expresión no de la naturaleza, sino de la vida humana: subraya más la historicidad del hombre, el relativismo de los valores y recalca las diferencias, sin preocupaciones valorativas.

Nosotros creemos que hay que mantener las dos: la segunda como descripción de la fisonomía de un grupo o de un pueblo determinado; la primera, como el ideal de hombre que todo grupo humano quiere alcanzar. Tal ideal es determinante de la cultura etnográfica misma.

## 2. Definición pedagógica o subjetiva

La cultura en sentido pedagógico o del sujeto individual es el proceso de instrucción, formación y educación del hombre en todo lo que tiene de más específicamente humano. Cada gran civilización tiene su concepción de lo que es educar al hombre: *paideia*, *humanitas*, *disciplina*. Se le llama cultura antropológica.

Aquí, hay que tener en cuenta la relación entre cultura y naturaleza: ésta es lo espontáneo, la base orgánica, potencial, natural del sujeto; aquélla, lo adquirido mediante el ejercicio, la disciplina y el esfuerzo. Colaboran, pero la primera no se da si no hay la base de la segunda, pues, como decían los clásicos castellanos, «*quod natura non dat, Salmantica non praestat*».

## 3. Definición antropológica u objetiva

La cultura en sentido antropológico, objetivo y social, es la forma espiritual de una sociedad y está constituida por los valores, la lengua, las costumbres, las instituciones, las técnicas, el arte. Se le da el nombre de antropología cultural.

El Vaticano II, recogiendo las dos nociones, subjetiva y objetiva, presenta la cultura como el elemento antropológico fundamental, sin el cual el hombre no alcanzaría el pleno desarrollo de su humanidad:

«*Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los*

*bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente*<sup>11</sup> (acepción subjetiva, pedagógica).

*«Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquéllo con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales (acepción pedagógica subjetiva); procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos e incluso a todo el género humano (aspecto histórico, social, etnográfico)»*<sup>12</sup>.

Puebla y Santo Domingo marginan prácticamente la acepción subjetivo-pedagógica, el ideal de hombre que hay que alcanzar; y se vuelcan a la descripción etnográfica de las culturas de América Latina; de ahí, el interés por las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas. Por fortuna, Santo Domingo contiene implícitamente un desarrollo de la definición subjetiva o pedagógica de cultura, un ideal de hombre por formar, en los apartados sobre el comportamiento moral (nn. 231-242) y educación (nn. 263-278).

## II. Cultura cristiana

### 1. Origen

Al empezar a tratar del tema de la cultura cristiana, en el capítulo tercero de la segunda parte, el Documento de Santo Domingo\* nos habla del origen de la cultura humana y del mandato de evangelizar toda cultura<sup>13</sup>. La cultura tiene origen en el mandato primordial «creced y multiplicaos y llenad la tierra, sometedla»<sup>14</sup>. La cultura nace del hombre, tiene origen en su constitución de persona inteligente, libre y abierta hacia los demás, hacia la naturaleza y hacia su Creador.

---

\* En adelante lo abreviaremos DSD.

<sup>11</sup> *Gaudium et spes*, 53, 1.

<sup>12</sup> *GS*, 53, 2, 3.

<sup>13</sup> *DSD* 228, 1.

<sup>14</sup> *Gn* 1, 28 - 30.

En la visión de toda cultura humana Cristo es el punto de referencia, sea como Verbo que ha sembrado cuanto de bueno, honesto y bello hay en ellas, sea como Verbo Encarnado que asume toda realidad humana y por el mandato misionero quiere hacer llegar la buena nueva a toda cultura<sup>15</sup>.

Pentecostés es la primera manifestación de la diversidad cultural de los que han sido llamados a la salvación en Cristo: cada uno de los fieles oye hablar a los apóstoles en su propia lengua. Ya inició la inculturación del Evangelio.

## 2. ¿«Cultura cristiana» después del Vaticano II?

Aunque «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época, como lo ha sido el de épocas anteriores»<sup>16</sup>, algunos autores preferirían que no se hablara de «cultura cristiana» por temor a que se confundiera con una nueva cristiandad, que no respetara la legítima autonomía de las realidades temporales, afirmada por el Vaticano II, en la *Gaudium et spes*, vgr. en el n. 59. Sin embargo, el mismo Vaticano II habla de las múltiples relaciones entre la buena nueva de Cristo y la cultura<sup>17</sup>. El mismo Pablo VI, en un texto citado por Juan Pablo II y por los documentos de Puebla y de Santo Domingo, afirma:

*«Se trata de alcanzar y casi de trastornar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que estén en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de la salvación...hay que evangelizar no de modo decorativo, como un barniz superficial, sino de modo vital, en profundidad y hasta las raíces la cultura y las culturas del hombre en la rica y amplia acepción que estos términos tienen en la Gaudium et spes»<sup>18</sup>.*

**La fe que se hace cultura:** Juan Pablo II habla abiertamente de promover una *cultura cristiana*, es decir, «de impregnar con los valores evangélicos las raíces mismas de la cultura «adveniente» y de todas las

---

<sup>15</sup>Mt 28, 19 - 20.

<sup>16</sup>PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

<sup>17</sup>GS, n. 58, 4.

<sup>18</sup>*Evangelii nuntiandi* nn. 19 - 20.

culturas ya existentes»<sup>19</sup>. Sería, pues, un error no promover y no hablar de impregnación de la sociedad con valores cristianos hasta hacer que su cultura llegue a ser cultura cristiana, pues «una fe que no se hace cultura, es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida»<sup>20</sup>.

Por lo mismo, varios autores vienen elaborando un proyecto de cultura cristiana, no como nueva cristiandad, sino como «civilización de la justicia y del amor», como «civilización de la solidaridad», etc.

Con Juan Pablo II podemos hablar de cultura cristiana cuando el sentir común de la vida de un pueblo ha sido penetrado interiormente, hasta «situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción»<sup>21</sup>; y de allí «se proyecta en el *ethos* del pueblo... en sus instituciones y en todas sus estructuras»<sup>22</sup>.

### III. La cultura cristiana en el documento de Santo Domingo

El capítulo tercero de la segunda parte está dedicado a tratar de la cultura cristiana. Abarca los temas del comportamiento moral (*Los valores culturales: Cristo, medida de nuestra conducta moral*, nn. 231-242), de las diversas culturas americanas (*Unidad y pluralidad de las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas*, nn. 243-251) y cultura postmoderna (*Nueva cultura: cultura moderna, nueva cultura, la ciudad*, nn. 252-262); y, no podía faltar, la educación (*La acción educativa de la Iglesia*, nn. 263-278; y *La comunicación social*, nn. 279-286). Quince páginas densas, que marcan un derrotero nuevo para la Iglesia en América Latina en su diálogo con la cultura. Estamos seguros que estos cinco breves apartados están llamados a abrir una época nueva y a servir como catalizadores de la presencia y la acción de los católicos latinoamericanos en el mundo de la cultura, superando así un foso abierto en el siglo pasado.

---

<sup>19</sup>*Discurso inaugural*, nn. 21 - 22.

<sup>20</sup>JUAN PABLO II, *Carta de constitución del pontificio consejo para la cultura*, 20-5-1982, L'Oss Rom. esp., 1982, 391.

<sup>21</sup>JUAN PABLO II, *DI*, n. 24.

<sup>22</sup>*Ibid.*, n. 19.

## 1. Valores morales: Cristo, medida de nuestra conducta

Se trata de un primer apartado dedicado al tema del comportamiento moral. Ya el mero hecho de tocarlo dentro del capítulo de la cultura indica que el comportamiento moral de los hombres y mujeres de una sociedad no es un factor puramente privado, reservado al ámbito de la conciencia individual, lo cual sería reflejo del subjetivismo moral; sino que la conducta de la persona, en ámbito privado o familiar, los valores por los que se guía, las opciones éticas que hace, tienen que ver con el actuar público y social. Dimensión individual y dimensión social, en buena antropología, no se pueden separar en la persona. En la cultura, hecho social por antonomasia como proyección del espíritu de un grupo humano, entran en primer lugar los valores que regulan el comportamiento moral de las personas que lo integran. He aquí un buen inicio para acabar con la dicotomía entre fe y vida, entre confesión personal del cristiano y cultura.

Otra afirmación fundamental: la norma moral que guía el comportamiento del cristiano no es una simple escala de valores, ni un credo ético abstracto, ni una filosofía o una ideología moral, sino una persona, Cristo, medida de nuestra conducta moral. Queda asumido y superado el axioma griego y renacentista *panton metron anthropos* (el hombre, medida de todas las cosas), por este otro: *panton metron Xristòs* (Cristo, medida de todas las cosas), por lo mismo medida de nuestra conciencia y de nuestro obrar moral.

## 2. Culturas indígenas, afroamericanas y mestizas

En la antropología implícita en el documento de Santo Domingo, el capítulo de la cultura tiene una notable extensión y relevancia. Los obispos son sensibles a dos fuerzas actualmente en juego: una, el diálogo con la cultura moderna, otra, la recuperación y valoración de las propias culturas autóctonas. Puebla recogió ampliamente el llamado del Vaticano II a reanudar el diálogo entre la fe cristiana y la cultura moderna. Santo Domingo no sólo lo lleva adelante, ocupándose también de la cultura postmoderna y urbana, sino que añade el diálogo con las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas, que Puebla había tocado solamente de paso.

Un pueblo sin pasado es un pueblo sin densidad histórica, sin fisonomía cultural. Una de las riquezas de los pueblos latinoamericanos es su historia y su cultura, no sólo de estos últimos quinientos años, sino

también de los milenios anteriores. El pasado de un pueblo, su historia, su cultura representan la memoria histórica, la raíz. Todo pueblo es heredero de su pasado histórico y está vitalmente marcado por su cultura, como todo individuo lo está por su código genético.

Un pueblo que quiera renovarse, superar grandes crisis o retos históricos, o emprender grandes proyectos, procede cuerdamente si antes consulta su patrimonio histórico y se deja aconsejar por «la sabiduría de sus ancianos».

El pueblo de América Latina tiene ante sí una de las crisis más formidables y uno de los proyectos más ambiciosos de su historia: la crisis, representada por el advenimiento de la cultura moderna y postmoderna, con su constelación de valores y antivalores, representa una revolución de tal potencia que puede llegar a atomizar y disolver los propios valores y fisonomía específica. Crisis de envergadura universal, de la que no está muy segura de salir indemne la misma sociedad cristiana como tal.

Y el proyecto, la nueva evangelización. Una y otro están relacionados como la pregunta y la respuesta. En el corazón de los pueblos latinoamericanos esta su fe religiosa milenaria, como alma de su vida y de su cultura. «*La fe católica ha sellado el alma de América Latina, marcando su identidad histórica esencial*», han dicho los obispos en Puebla<sup>23</sup>. Por lo mismo, preservar su religiosidad católica, es preservar su propia fisonomía cultural. De aquí la lógica del proyecto de una nueva evangelización para nuestros pueblos.

Por eso, con intuición profética, insiste el documento en la recuperación y apoyo a las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas, valorando el patrimonio del pasado y del presente, apoyando y defendiendo en nombre del Evangelio a los grupos indígenas y afroamericanos en sus legítimas reivindicaciones, y trazando una pastoral en la que cultura y Evangelio entablen un diálogo fecundo.

A nuestro entender, la asamblea de Santo Domingo, más allá de las tensiones del momento entre los fautores de un indigenismo a ultranza y los que abogaban por separar el trigo de la paja, se mueve en tres grandes

---

<sup>23</sup>DP, n. 445 *ad sensum*.

líneas: *semina Verbi*, *semina Christi* e inculturación. Veámoslo brevemente.

### 1) *Semina Verbi*

Era convicción común de los Padres de los primeros siglos del cristianismo que cuanto había en las culturas paganas de bueno, honesto y bello era obra del Verbo, o *Semina Verbi*, que conducía a los hombres a la salvación no sin referencia al Único Salvador. Tales semillas o huellas del Verbo, después del advenimiento de Cristo, actuaron como *praeparatio evangelica*, preparación y pedagogía para recibir el Evangelio. Tales convicciones han llegado a ser igualmente comunes entre los pastores de América Latina. Así se ha iniciado una lectura de las culturas indígenas y afroamericanas, sea de las que precedieron al descubrimiento de América, sea de las que actualmente perviven más o menos en estado puro. En tales culturas, nos dice el documento de Santo Domingo,

«La presencia creadora, providente y salvadora de Dios acompañaba ya la vida de estos pueblos. Las semillas del Verbo, presentes en el hondo sentido religioso, de las culturas precolombinas, esperaban el fecundo rocío del Espíritu. Tales culturas ofrecían en su base, junto a otros aspectos necesitados de purificación, aspectos positivos, como la apertura a la acción de Dios, el sentido de la gratitud por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana y la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultraterrena y tantos otros valores que enriquecen el alma latinoamericana (Juan Pablo II, Mensaje a los indígenas, 12 X 92, 1)»<sup>24</sup>.

Es muy diferente acercarse a tales culturas iluminados por esta certeza cristiana, a estudiarlas con el interés de un mero antropólogo. De esta actitud se seguirá una lectura más serena, profunda y positiva de las grandes culturas precolombinas y afroamericanas. Pienso que este es el camino para hacer justicia a las culturas indígenas y afroamericanas<sup>25</sup>.

<sup>24</sup>DSD, n. 17.

<sup>25</sup>No podemos detenemos aquí más sobre el tema. Para una reflexión más amplia y una primera aplicación de este principio a las culturas precolombinas, remitimos a nuestro artículo *Semina Verbi en las culturas precolombinas*, en *El hombre Latinoamericano, hoy. Evangelio y Cultura*, Roma, 1992, pp. 75 - 107.

La actitud de búsqueda de los vestigios del Verbo vale no sólo para el pasado, sino también para el presente y para el futuro, para siempre que se trate de dialogar con culturas y personas que todavía no hayan escuchado la buena nueva de Jesucristo. Hay aquí toda una escuela de educación interior para el pastor y para el portador de la nueva evangelización.

## 2) *Semina Christi* o religiosidad popular católica

*«Esta religiosidad natural, continúa diciendo el documento de Santo Domingo, predisponía a los indígenas americanos a una más pronta recepción del Evangelio, aunque hubo evangelizadores que no siempre estuvieron en condiciones de reconocer esos valores. Como consecuencia, el encuentro del catolicismo ibérico y las culturas americanas dio lugar a un proceso peculiar de mestizaje, que si bien tuvo aspectos conflictivos, pone de relieve las raíces católicas así como la singular identidad del continente. Dicho proceso de mestizaje, también perceptible en múltiples formas de religiosidad popular y de arte mestizo, es conjunción de lo perenne cristiano con lo propio de América, y desde la primera hora se extendió a lo largo y ancho del continente»<sup>26</sup>.*

En efecto, los pueblos creadores de las grandes civilizaciones de América Latina y de los grupos intermedios y periféricos, abrazaron la fe católica a partir de 1492, y, en contacto con el Evangelio, volcaron lo mejor de su tradición cultural y de su religiosidad natural en la nueva religiosidad popular católica. Durante tres siglos la sociedad americana proyectó su fisonomía espiritual en la rica religiosidad popular, que culminó en la cultura barroca iberoamericana. Después de la independencia, la religiosidad popular mantuvo su vigor entre el pueblo mismo, valga la redundancia, no entre los dirigentes e intelectuales, y entró vigorosa en el siglo XX.

Con el advenimiento de la industrialización y del urbanismo, se ve sometida a un estado de sitio y a un fuego cruzado permanente, de signo secularista que la va agostando y llevando hacia el indiferentismo práctico. Y por la tremenda desigualdad social, sufre también el impacto de ideologías ateas, que proponen soluciones frecuentemente violentas.

---

<sup>26</sup>DSD, n.17 - 18.

Tal religiosidad está sembrada, como campo fértil, de «semillas de Cristo», pues ha recibido y acogido el anuncio del Evangelio. Ahora bien, sea porque tales semillas evangélicas han crecido junto a la cizaña de tradiciones paganas no suficientemente purificadas, en un sincretismo confuso, sea porque han estado sometidas a la erosión de la cultura moderna, postmoderna y urbana secularista, frecuentemente atea, y al reciente proselitismo de las sectas, en la actualidad se ha hecho urgente emprender una nueva evangelización. Es muy importante aquí tener en cuenta que tal esfuerzo de nueva evangelización no arranca de cero, sino que se apoya en las numerosísimas semillas de Cristo, sembradas hace quinientos años en el fértil campo del alma creyente del pueblo latinoamericano. La tarea, por tanto, ya está iniciada, en muchas partes incluso es posible ver que «el campo albea para la siega».

La realidad de la religiosidad popular recalcada en Puebla, reafirmada por Santo Domingo en diversos textos (vgr. nn. 17, 18, 36), nos está invitando a ver la tarea de la nueva evangelización con mirada serena e incluso con sano optimismo: como en las culturas indígenas y afroamericanas las *semina Verbi* ya estaban preparando la obra de la salvación, así en las culturas mestizas, y aun en toda la cultura moderna y postmoderna, contamos con las *semina Christi*, con las numerosas semillas y vestigios que Cristo ha venido dejando en estos cinco siglos de religiosidad católica del pueblo de América Latina. A nosotros toca la tarea de conocer, purificar, recuperar, completar la religiosidad del pueblo, si queremos volver a evangelizar su cultura.

### 3) Inculturación

En fin, para cualquier contexto o situación en que tengamos que anunciar la buena nueva de salvación, se requiere un adecuado discernimiento de la cultura, valorando elementos positivos, *semina Verbi* o *semina Christi*, apartando elementos en contraste con la palabra de Cristo e introduciendo la levadura evangélica como fermento redentor y renovador de la cultura. Tal es el proceso de inculturación que los obispos describen adecuadamente en el documento de Santo Domingo:

«Es necesario inculturar el Evangelio a la luz de tres grandes misterios de la salvación: la Navidad, que muestra el camino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el

*evangelizado; la Pascua, que conduce a través del sufrimiento a la purificación de los pecados, para que sean redimidos; y Pentecostés, que por la fuerza del Espíritu posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios»<sup>27</sup>.*

### 3. Nueva cultura: Cultura moderna y postmoderna

El capítulo sobre la nueva cultura es uno de los más logrados. Fue trabajado por miembros de reconocida capacidad y competencia en el campo<sup>28</sup>, se afrontaron los retos de un análisis de la modernidad y la postmodernidad en su relación con la fe, y se trazó un proyecto pastoral para la relación entre fe y cultura que puede señalar una nueva etapa en el continente.

¿Hablar de modernidad y de postmodernidad tratándose de países en vías de desarrollo no parecería excesivo? No, puesto que más del 60% de los latinoamericanos, para bien o para mal, vive actualmente en ciudades. Por lo mismo, también la sociedad de América Latina está sufriendo el impacto de la cultura moderna y postmoderna. Si preguntamos en qué consiste una y otra, el *SD* nos responde con una descripción de los rasgos fundamentales de una y otra.

Es característico de la cultura moderna el antropocentrismo o centralidad del hombre, con su constelación de valores de personalización y socialización; y el racionalismo, con sus conquistas científicas, técnicas e informáticas, que han satisfecho muchas de las necesidades del hombre y han intentado una cierta autonomía frente a la naturaleza a la que domina, frente a la historia, que él construye, y aun frente a Dios, que no le interesa o que relega al ámbito de la conciencia personal.

La postmodernidad se presenta aquí como reacción contra la modernidad, cuyo racionalismo le llevó a creer en el progreso indefinido, hoy revelado como mero espejismo. En el documento de trabajo de Santo Domingo<sup>29</sup> se presentaba a la postmodernidad con rasgos positivos y

---

<sup>27</sup>*SDS*, n. 230.

<sup>28</sup>Formaban parte, entre otros, los cardenales Paul Poupard, Antonio Ribeiro, patriarca de Lisboa, los obispos Darío Castrillón Hoyos, Antonio de Carmo Cheuiche, etc.

<sup>29</sup>*SDT*, n. 176.

negativos como «desconfianza en la razón y en el individualismo subjetivista, típicos de la modernidad, abriéndose a la preocupación ecológica y a formas alternativas de búsqueda y contacto con lo trascendente y misterioso, aunque también ha heredado la crisis de sentido y el reino del escepticismo».

Aunque la postmodernidad es un concepto que se está elaborando y recibe connotaciones a la vez positivas y negativas, sin embargo, hoy por hoy, la mayoría de los autores se inclina por su significación negativa. Según Gianni Vattimo, E. Galli della Loggia, Franco Crespi, Leonardo Amoroso, el semiólogo y escritor Umberto Eco, que vienen hablando sobre postmodernidad y «*pensiero debole*», hay que entender por postmodernidad el fin de todo intento de síntesis filosófica que pretenda interpretar globalmente la realidad; ha pasado la época de las grandes sumas, intento pretencioso; hoy sólo nos queda el del pensamiento débil, fragmentario y provisorio sobre mi experiencia momentánea en el campo de la realidad, del pensamiento y del obrar humano. Mi verdad y tu verdad de aquí y de ahora solamente. Es decir, postmodernidad como actitud mental y vital de pesimismo y escepticismo ontológico, lógico, ético y antropológico. Si el principio de identidad y del *tertium exclusum* ha regido en el pensamiento occidental por veinticinco siglos, hoy el ser ha dejado de ser fundamento último, y su función es ocupada por el principio de la metamorfosis o identidad de los contrarios, de cuño hegeliano.

Modernidad y postmodernidad plantean hoy los más serios desafíos a la fe cristiana a diversos niveles: en el nivel profundo está la pérdida de las raíces ontológicas de los valores. Una antropología sin raíz ontológica, ¿qué valores éticos puede alimentar? A lo más, apoyos en consensos y costumbres sociales, en algo, por lo mismo, cambiante y relativo. De un reduccionismo antropológico, se sigue que al hombre se lo verá situado sólo en el horizonte de la inmanencia, sin apertura a la trascendencia. De aquí la ruptura entre fe, afirmación suprema de la trascendencia, y cultura como mera praxis y fenomenología de una sociedad<sup>30</sup>.

Y una serie de rupturas que son consecuencia de modernidad y postmodernidad: ruptura entre los valores del pueblo creyente, inspirados en principios cristianos, y las estructuras sociales generadoras de injusticias;

---

<sup>30</sup>DSD, nn. 252 - 253.

entre valores de ese mismo pueblo y valores de muchos de los hombres de cultura, inspirados en el positivismo, en el agnosticismo, en el laicismo. La ruptura entre la Iglesia y el mundo del arte, del pensamiento filosófico, antropológico y social, de la universidad oficial, de los medios de comunicación.

«*Está en curso una crisis cultural de proporciones insospechadas*», como la definía Juan Pablo II<sup>31</sup>, que reclama una movilización general y urgente de la Iglesia y una adaptación creativa de su pastoral. Ha sido una de las constantes de Santo Domingo «la novedad de la evangelización en métodos, en espíritu, en expresiones», es decir, un nuevo planteamiento de la pastoral. Y cuando todos esperaríamos elucubraciones de técnica pastoral inédita, de nuevo es conmovedor el empeño tenaz de los pastores por afirmar la confesión de fe en Jesucristo como paradigma de toda actitud personal y social, como respuesta a los problemas más profundos que afligen a la cultura moderna: el mal o el pecado, la muerte, la falta de amor, la falta de sentido, el secularismo y hedonismo<sup>32</sup>.

Da también sugerencias realistas para que la fe cristiana reanude su diálogo con la cultura: ante todo, conocer bien la cultura moderna y discernir a la luz del Evangelio valores y antivalores, con miras a una adecuada inculturación del mismo. Intensificar el diálogo entre fe y ciencia, fe y expresiones culturales, como arte, literatura, pensamiento, comunicación social, instituciones, etc. Piénsese tan solo en lo fecunda que podría ser la presencia de la fe cristiana en las legislaciones de cada país, en la universidad oficial, en los medios de comunicación social, etc.<sup>33</sup>.

Otra sugerencia interesante es traducir el mensaje evangélico a signos, expresiones y lenguaje adecuados, sobre todo en la liturgia, para que llegue al corazón de las culturas<sup>34</sup>.

En fin, formar a los laicos cristianos, ayudarles a tomar conciencia de su papel, mejor, de su misión en el ámbito cultural de las realidades temporales, desplegando las virtualidades proféticas, sacerdotales y regias

---

<sup>31</sup>*Discurso inaugural*, n. 21.

<sup>32</sup>*DSD*, n. 254.

<sup>33</sup>*Ibid.*

<sup>34</sup>*Ibid.*

de su condición de bautizados. A ellos toca justamente la tarea de consagrar el mundo y de unir las culturas con el óleo del Espíritu y del Evangelio<sup>35</sup>.

#### 4. La cultura urbana

La cultura urbana como un fenómeno creciente y como reto formidable para la Iglesia católica: América Latina ha pasado en un cuarto de siglo de ser una sociedad agraria, a ser hoy una sociedad urbano-industrial. El espacio del tiempo ha sido tan corto y la aceleración de los cambios tan sostenida, que no ha tenido la Iglesia tiempo, no ya de crear nuevas formas de presencia y acción pastoral urbana, sino ni tan siquiera de adaptar los elementos indispensables.

*«La ciudad postindustrial no representa sólo una variante del tradicional hábitat humano, sino que constituye de hecho el paso de la cultura rural a la cultura urbana, sede y motor de la nueva civilización universal»<sup>36</sup>.*

He aquí la importancia y gravedad del hecho: el paso de una cultura rural a una cultura urbana. Y lo estamos viendo cada día en metrópolis como México, Caracas, Bogotá, São Paulo o Buenos Aires. La gente que emigra del campo a la ciudad, en el bagaje de su cultura, lleva sus tradiciones familiares y religiosas, su concepción del mundo y de la vida, su modo de relacionarse con la naturaleza, con los demás y con Dios. Al llegar a la ciudad se siente desubicada, desarraigada, fuera de su clima y contexto cultural. Y por inercia, por carencia de un clima adecuado, va marginando sus tradiciones familiares y religiosas. Y por necesidad de sobrevivencia se va adaptando al ritmo y «valores» nuevos de la ciudad. El resultado de esta gigantesca transformación en curso es el desarraigo cultural, el abandono de valores religiosos y morales, el indiferentismo práctico y el secularismo.

**Hombre y naturaleza:** el hombre del campo vive inmerso en el «milagro» del ciclo anual. La tierra, el cielo, con sus ritmos y estaciones, con sus leyes y su misterio, es grada para acceder al contacto con Dios creador, providente y Padre, es campo de trabajo, es fuente de vida y

---

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Documento de Puebla*, n. 429 (en adelante DP).

alegría, es templo de oración. En la ciudad, su contacto con la naturaleza se reduce a la producción y usufructo de bienes de consumo, y más que con la naturaleza primordial, es con la naturaleza transformada por la técnica como la casa, el automóvil, el asfalto.

**El hombre y sus semejantes:** el hombre del campo se relaciona con sus semejantes de forma genuina, primordial y estable para convivir, para amar, para sufrir, para trabajar con un genuino sentido de autenticidad y lealtad; en un ámbito personal y personalizado, en el que todos se conocen y «tienen un rostro y nombre propio», en comunidad de proyectos, alegrías y sufrimientos. En la ciudad, las relaciones son frecuentemente anónimas y despersonalizadas, la gente se apretuja en banquetas y estaciones de metro y transportes públicos, donde cada cual va envuelto en la crisálida de su soledad.

**Hombre y Dios:** el hombre de campo se relaciona con Dios de modo connatural y espontáneo, sea a través de la naturaleza, de la que depende vitalmente y a la que ve como obra de Dios creador, providente y Padre, sea a lo largo del año natural con el que se entrelaza, como yedra al tronco del olivo, el ciclo litúrgico, con sus festividades del Señor, de la Virgen y de los santos, sea a través de los ciclos de la vida humana, cuando nace un hijo, cuando se casa, cuando se enferma y muere. La Iglesia, para la gente del campo, forma parte de su entorno familiar, de su universo cultural. En la ciudad, la relación con Dios entra en crisis, al carecer de la mediación de la naturaleza y frecuentemente por la carencia de iglesias cercanas al lugar donde se vive.

**¿Un 'nuevo' hombre?** En la ciudad se transforma el hombre rural en hombre urbano: confía más en la ciencia y la técnica que en la divina providencia, es influido más por los media que por los consejos familiares o la doctrina de la Iglesia, se vuelve más hacia lo nuevo que hacia la tradición, tiende a ser consumista más que sobrio, vive anónimo más que personalmente conocido y tratado por los demás.

He aquí unos cuantos desafíos pastorales gigantescos. Los obispos latinoamericanos han tomado conciencia explícita de los mismos y se esfuerzan por sacudir inercias, por renovar métodos, por buscar creativamente respuestas nuevas a situaciones totalmente inéditas hace todavía veinticinco años. Es lo que viene pidiendo Juan Pablo II, cuando

habla de una «nueva evangelización», novedad que afecta a los métodos, al celo y ardor, a las expresiones o lenguajes.

El solo capítulo de la pastoral urbana habría justificado la asamblea de Santo Domingo, porque el surgimiento de las megalópolis es quizá el fenómeno más influyente y determinante para la orientación cultural y social del pueblo latinoamericano de fin de siglo, a las puertas del nuevo milenio.

## 5. La acción educativa de la Iglesia

Ante todo, el documento nos ofrece una definición funcional de educación cristiana, transparente como silogismo en bárbara: «*la educación es asimilación de la cultura. La educación cristiana es asimilación de la cultura cristiana. Es la inculturación del Evangelio en la propia cultura.*»<sup>37</sup>. Nos parece demasiado genérica la definición, no sabemos si se refiere al proceso personal e individual o al proceso de todo un pueblo o grupo humano, a la transmisión de saberes codificados que se transmiten por instrucción o a la transmisión implícita y vivencial de una herencia cultural común a un grupo humano. Al parecer se refiere a uno y otro, pues añade más abajo: «*la educación es un proceso dinámico que dura toda la vida de las personas y de los pueblos*»<sup>38</sup>.

En realidad, por el contexto se deduce que el documento en esta parte se refiere siempre a la educación escolar y universitaria en su relación, claro está, con la cultura. El objetivo de la educación cristiana es ayudar al alumno a realizar el proyecto del hombre nuevo en Cristo (nueva creatura, lo llama San Pablo<sup>39</sup>), y a través de ello, llevar a cabo el proyecto del Padre de «recapitular en Cristo todas las cosas»<sup>40</sup>. Proyecto del hombre nuevo que en tierra de América Latina ha de ser fruto de la síntesis del *homo faber*, de la civilización racional y técnica, y del *homo sapiens*, de la cultura humanística. Tal síntesis se expresa en la sabiduría cristiana, que tiene su culmen y centro en Cristo.

---

<sup>37</sup>DSD, n. 263.

<sup>38</sup>*Ibidem*.

<sup>39</sup>2 Cor 5,17.

<sup>40</sup>Ef 1, 10.

He aquí un tema por profundizar y desarrollar: el proyecto del hombre latinoamericano, heredero tanto de las grandes culturas precolombinas (y aquí se echan de menos los indigenistas, que nos presenten estudios profundos sobre los genuinos valores de dichas culturas, poseedoras de una ancestral sabiduría de unos pueblos con gran sentido religioso, comunitario y ecológico), como de las culturas humanistas de Grecia y Roma, que llegaron a América trasvasadas a moldes cristianos por el genio ibérico. Tal programa supone una sólida base de antropología cristiana integral.

Al volver la vista sobre el panorama educativo de América Latina el cuadro es desolador: el fenómeno más conturbador es la exclusión de mucha gente de la educación escolar, aun básica, por analfabetismo, por la crisis de la familia que debería ser la primera educadora, por el divorcio entre Evangelio y cultura, por las diferencias sociales y económicas, por políticas educativas ideologizadas y laicistas, por la erosión que producen los *mass media* frecuentemente deseducativos. El panorama es sombrío, pero hemos de empezar por tomar conciencia de esta realidad, que condiciona cualquier proyecto de promoción humana de nuestro pueblo. Estamos convencidos, con nuestros pastores, que una de las prioridades más urgentes de la nueva evangelización en América Latina es la educación a todos los niveles. Antes que los problemas sociales, económicos o políticos, está la educación del pueblo latinoamericano. Un pueblo con buen nivel de educación afronta de modo creativo sus problemas sociales, económicos y aun políticos.

Lo recoge el documento de Santo Domingo, en el resumen de las *líneas pastorales prioritarias*, apartado tres: *una evangelización inculturada*<sup>41</sup>. Viceversa, inútiles y estériles serán los programas sociales, económicos y políticos con un pueblo analfabeto. Abundan los ejemplos históricos. Tomemos uno: Japón, sin recursos naturales apenas, cifra su gran potencia económica en la riqueza de un pueblo con alto nivel de educación científica y técnica (de momento no decimos nada sobre su educación humanista).

Otra intuición muy sugestiva y que puede llegar a ser fecunda es el papel de la educación en este proceso de evangelización de la cultura: la

---

<sup>41</sup>DSD, n. 302, p. 171

inculturación del Evangelio es definida como *mediación metodológica para la evangelización de la cultura*<sup>42</sup>. Muy briosa y operativa nos parece tal valoración de la educación, aunque sin perder de vista que el proceso de inculturación del Evangelio es mucho más amplio, pues además de la educación, comprende modos de vida, tradiciones, lenguaje, arte, técnica, instituciones, y, sobre todo, valores.

De paso, el documento dedica unas líneas de reconocimiento y aliento a las órdenes y congregaciones religiosas, institutos y movimientos de la Iglesia cuyo carisma irradia en la educación, e invita a quienes hubieran abandonado el campo bajo banderas de opción preferencial por los pobres a volver a la gran misión de educar al pueblo de América Latina, como primer modo de promoverlo sanando de raíz su endémica pobreza y subdesarrollo.

Vigorosa la visión de la escuela y la universidad católica o de inspiración cristiana como comunidad educativa en la que directores, maestros, alumnos y padres de familia cooperan para hacer irradiar la evangelización, primero en sí mismos, luego en los diversos ámbitos sociales.

## 6. Medios de comunicación social

Los medios de comunicación social tienen mucho que ver con la cultura: son instrumentos de creación de cultura, de transmisión de la misma y de educación de la gente. Por desgracia, su función también puede ser, y de hecho en buena parte lo está siendo, destructora de la cultura de los grupos humanos y de los pueblos.

Por otro lado, el misterio cristiano es, en su raíz, comunicación: intratrinitaria primero, luego diálogo de Dios con el hombre, por medio de su palabra y de su imagen encarnada en Jesús de Nazaret. La evangelización es comunicación de la buena noticia de Cristo Jesús.

De aquí, el vínculo tan estrecho entre evangelización y medios de comunicación social. Por desgracia, los evangelizadores no siempre han

---

<sup>42</sup>DSD, n. 271.

sabido valorar la importancia de los media, la fuerza del lenguaje audiovisivo, de la imagen impresa o electrónica; o si la valoran teóricamente, no se ve aún en la práctica una presencia cristiana y una incidencia vigorosa en los media.

Y allí están los medios de comunicación social, sepámoslo o no, querámoslo o no, actuando como factores determinantes de la cultura del pueblo católico de América Latina. ¿Pondrán en acto, por fin, pastores y laicos, una acción eficaz en los media de modo realista y profesional? Pablo VI decía: «Al contrario de la luz natural, la luz del Evangelio no se propaga por sí misma; necesita de los mensajeros para su difusión». Y Juan Pablo II, con palabras de Pablo VI, remata: «La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más»<sup>43</sup>.

## Conclusión

Aunque son sólo intuiciones, un poco fragmentarias, sobre la cultura, es ya un paso adelante en relación a Medellín y a Puebla: se abordan temas nuevos, se tiene una visión más amplia y actualizada del vasto campo de la pastoral de la cultura, se percibe su urgencia y se señalan de paso líneas de actuación. En éste, como en otros capítulos del documento conclusivo de Santo Domingo, podemos hablar de siembra a voleo. Quien tenga voluntad de actuar encontrará allí semillas abundantes; ha de cultivarlas si quiere que crezcan y den fruto. Hay camino para andar, si se quiere. Obra es ahora de conferencias episcopales, de consejos diocesanos de la cultura, de teólogos y pensadores cristianos el desarrollar y llevar a la práctica una pastoral y una acción inteligente de nueva evangelización, para que la cultura del pueblo latinoamericano vuelva a ser una vigorosa y fecunda cultura cristiana para el tercer milenio.

En América Latina la Iglesia tiene un gigantesco reto en el campo de la nueva evangelización de la cultura. Su labor pastoral tendría que situarse, a nuestro parecer, en tres niveles: uno, atención a las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas; otro, atención a la cultura

---

<sup>43</sup>*Discurso inaugural*, n. 23, citando la *Evangelii nuntiandi*, n. 45.

postmoderna y urbana; y el tercero, no perder de vista el ideal del hombre que quiere educar.

En efecto, en el centro de su pastoral ha de estar siempre la persona humana concreta, el hombre como camino de la Iglesia. Pero no el hombre genérico, sino el hombre latinoamericano singular, llamado por Cristo Redentor a la salvación, en sus coordenadas de historia, tiempo y lugar. ¿Qué tipo de hombre quiere formar? Un hombre que desarrolle lo mejor de su patrimonio cultural, americano, europeo o, respectivamente, africano, y cristiano. El latinoamericano es un hombre que se nutre de una raíz indígena, americana o africana, de una raíz europea y de una raíz cristiana. De aquí el deber de la Iglesia de conocer las culturas indígenas actuales y del pasado, las culturas ibéricas y el nuevo tipo de hombre y de pueblo que surgió de la fusión de aquéllas durante la colonia.

Y es un hombre que vive en la última década del siglo XX, y ya se asoma al tercer milenio: inmerso en una sociedad urbana que va pasando de una cultura moderna, todavía cristiana, a otra postmoderna, que corre el riesgo de llegar a ser cultura postcristiana.

Reto formidable el que tiene ante sí la Iglesia católica, comparable sólo al que se le presentó en 1492, cuando acababa de llegar a América, continente pagano, con múltiples pueblos y culturas, y se disponía a anunciarle por primera vez el Evangelio de Jesucristo.

**JAVIER GARCÍA**

Mexicano, doctor en teología por la universidad de Santo Tomás (Roma). Especialista en cultura latinoamericana y evangelización, temas sobre los que enseña en la universidad Gregoriana (Roma) y sobre los que ha impartido numerosas conferencias en varios países. Ha publicado, entre otros, el libro *Perfil del hombre latinoamericano hoy. Evangelio y cultura*. Participó como perito de la Santa Sede en Santo Domingo.

